

rurales en el Toulousain, 112. «Nadie ignora, dice la Asamblea de la Alta Guyena, en 1784, que la suerte de las municipalidades más gravadas es tan rigurosa que se ha visto muchas veces á los propietarios abandonar el territorio. ¿Quién no recuerda que los habitantes de San Sernín han abandonado sus bienes, hasta diez veces distintas, y todavía amenazaban volver á tomar esa triste resolución cuando á la administración recurrieron? Hace algunos años se

vió un abandono parecido, llevado á cabo por la municipalidad de Boisse, de acuerdo entre los habitantes el señor, y el diezmero de dicha comunidad,» y la deserción sería mucho mayor aún si la ley no prohibiera á los contribuyentes el abandonar una finca imposible sin renunciar al mismo tiempo á todo cuanto poseen en el mismo municipio. En el Soissonnais, según dictamen de la asamblea provincial «la miseria es excesiva.» En Gascuña «el espec-



Tienda de potes de estaño

táculo es desgarrador.» En las cercanías de Toul, el labrador después de pagado el impuesto, el diezmo y los censos, queda con las manos vacías. «La agricultura está en un estado de angustia y privación continuas en que millares de hombres, se ven obligados á vegetar penosamente.» Según el *Resumen de actas*, de Prudhomme III, 271: Hay pueblo de Normandía en que «casi todos los habitantes, sin exceptuar los arrendatarios y propietarios, comen pan de cebada y beben agua; viven como el más desventurado de los hombres para atender al pago de los impuestos que sobre ellos pesan.» En la misma provincia, en Forges «muchos desgraciados comen pan de avena, y otros salvado mojado, lo que ha ocasionado la muerte de muchos niños.» Claro es que el pueblo vive nada más que al día; le falta el pan así que la cosecha es mala. Viene una helada, un granizo, una inundación y toda la provincia no sabe ya cómo ha-

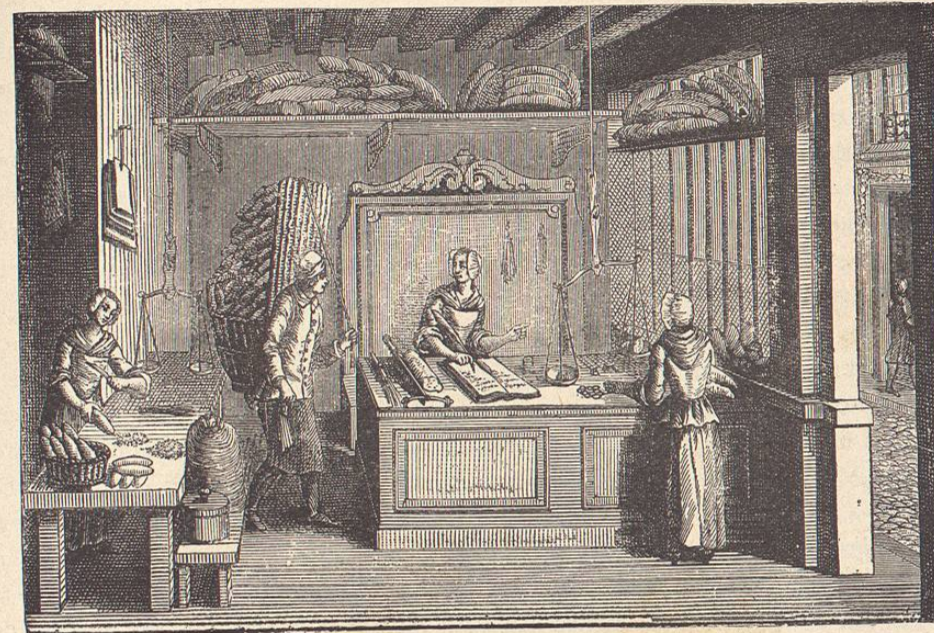
cerlo para subsistir hasta el año próximo; en muchos sitios, hasta basta el invierno ordinario para producir la angustia. De todas partes se tienden los brazos al rey que es el limosnero universal. El pueblo se parece á un hombre andando en un estanque con agua hasta la boca, y que á la menor depresión del suelo, á la más insignificante oleada pierde el pié, se hunde y se ahoga. En vano la caridad antigua y la nueva humanidad, aguzan el ingenio para ayudarle; el agua es sobrado alta. Sería necesario que bajara su nivel y que el estanque pudiera desahogarse por alguna ancha salida. Hasta entonces no podrá el desventurado respirar sino á intervalos y á cada instante correrá el riesgo de asfixiarse.

II

Entre 1750 y 1760 es cuando los ociosos que ce-

nan empiezan á mirar con lástima y alarma á los trabajadores que no comen. ¿Por qué son estos tan pobres, y por qué azar en un suelo tan bueno como el de Francia falta el pan á los que hacen crecer el grano? En primer lugar, muchas tierras están incultas y lo que es peor, abandonadas. Según los mejores observadores «la cuarta parte del suelo es absolutamente baldío... Los arenales y los matorrales, están en ellos reunidos la mayor parte de las veces en grandes páramos que miden cientos y miles de

aranzadas.» «Que se recorra el Anjou, el Maine, la Bretaña, el Poitou, el Limousin, la Marche, el Barry, el Nivernais, el Bourbonnais, la Auvernia, se verá que la mitad de estas provincias son matorrales que forman inmensas llanuras, todas las cuales podrían ser sin embargo cultivadas.» En Touraine, Poitou y Berry, estos matorrales son páramos de 30.000 aranzadas. En un solo cantón, cerca de Preully, el matorral cubre 40.000 aranzadas de buena tierra. La sociedad de Agricultura de Rennes, declara que las



Panadería

dos terceras partes de Bretaña están baldías. Ello no es esterilidad sino decadencia. El régimen inventado por Luis XIV produjo su efecto, y desde hace un siglo la tierra vuelve á su estado salvaje: «No se ven más que castillos abandonados y arruinados; todas las cabezas de partido feudal que estaban antiguamente habitadas por una nobleza acomodada, están hoy ocupadas por pobres colonos pastores, cuyo pequeño trabajo produce apenas para su subsistencia y un resto de contribución próximo á agotarse por la ruina de los propietarios y la deserción de los colonos.» En el distrito electoral de Confolens hay tierra arrendada por 2.956 libras en 1665, que sólo se arrienda por 900 en 1747. En los confines de la Marche y del Berry hay hacienda que en 1660 daba conque vivir decorosamente á dos familias señoriales y que ahora no es más que una pequeña alquería improductiva. «Se ve aún la huella de los surcos que antiguamente abría la reja del arado, en todos los matorrales de las cercanías.» La Sologne, anti-

guamente floreciente, se ha convertido en un lodazal y un bosque; cien años antes producía triple cantidad de cereales; las dos terceras partes de sus molinos han desaparecido; ya no hay vestigio de sus viñedos «los matorrales han tomado el puesto de los racimos.» Así abandonada por la azada y el arado una vasta porción del suelo dejó de mantener á los hombres, y el resto, mal cultivado, apenas si da para sus más indispensables necesidades.

En primer lugar, si la cosecha falta, este resto queda inculto; porque el colono es sobrado pobre para comprar la semilla, y muchas veces el intendente se ve obligado á repartirla, sin lo cual, al desastre del año corriente habría que agregar la esterilidad del siguiente (1). Así también, en aque-

(1) Carta de la condesa de Saint-Georges (1772) sobre las consecuencias de la helada: «Las tierras acabaran de quedar incultas este año, como muchas lo están ya, sobre todo, en nuestra parroquia.» Therón de Montauge, 45, 80.

tiempo, toda calamidad pesa sobre el porvenir tanto como sobre el presente; durante dos años, en 1784 y 1785 en el Toulousain, habiendo muerto la sequía á los animales de tiro, muchos labradores se ven obligados á dejar sus tierras sin cultivar. En segundo lugar, cuando se cultiva, se hace al estilo de la Edad media. Arturo Young, en 1789, opina que en Francia «la agricultura está aún en el siglo x.» Salvo en Flandes y en la llanura de Alsacia, los campos quedan en barbecho cada tres años y muchas veces cada dos. Malos útiles, ningún arado de hierro; en muchos puntos sólo se usa el arado de Virgilio. El eje de las carretas y los aros de las ruedas son de madera, y más de una vez el rastrillo es una baranda de carreta. Poco ganado, pocos abonos; el capital aplicado al cultivo es tres veces menor que ahora. Flacos productos; «nuestras tierras ordinarias, dice un buen observador, dan unas con otras al rededor de seis veces la simiente (1). En 1778 en la rica comarca que rodea á Tolosa, el trigo no da más que cinco al año. Arturo Young, calcula que en su tiempo el área inglesa produce 28 fanegas de grano, y la francesa 18, que el producto total de la misma tierra durante igual período de tiempo, es de 36 libras esterlinas en Inglaterra y sólo de 25 en Francia. Como los caminos vecinales son horribles y el transporte es muchas veces impracticable, claro es que en los cantones recónditos, en los malos terrenos que apenas dan tres veces la simiente, no siempre hay de que comer. ¿Cómo vivir hasta la cosecha próxima? Tal es la constante preocupación antes de la Revolución y durante la misma. En las correspondencias manuscritas, veo que los síndicos y alcaldes de aldea estiman la cantidad de las subsistencias locales, tantas fanegas en los graneros, tantas gavillas en las granjas, tantas bocas que mantener, tantos días hasta los trigos de Agosto y deducen que para que la provisión baste, falta aún para dos, tres y cuatro meses. Tal estado de comunicaciones y de agricultura, condena á un país á carestías periódicas y me atrevo á decir que al lado de la viruela que de cada ocho muertos causa uno, se halla entonces una enfermedad endémica tan repugnante y mortal como ella, el hambre.

No se tiene la menor idea de que sea el pueblo y sobre todo el labrador quien padece de ella. Así que sube el precio del pan ya no puede alcanzar á él, y hasta sin subir, apenas lo alcanza. El pan de trigo

(1) El marqués de Mirabeau en su *Tratado de la población*, p. 29.

cuesta como ahora de tres á cuatro sueldos la libra, como puede verse en el *Diálogo sobre el comercio de los trigos*, p. 193, pero el valor medio del jornal de un hombre, sólo es de 19 sueldos en vez de 40, de manera que con el mismo trabajo, en lugar de un pan, el jornalero no puede comprar más que medio. Calculado todo, y reduciendo los salarios al precio del grano, se encuentra que el trabajo anual hecho por un obrero rural, podía darle entonces 959 libras de trigo, y hoy día 1.851; así su bienestar ha aumentado en 93 por 100. El de un criado mayor, se ha acrecentado en un 70 por 100, el de un viticultor en 125 por 100. Eso basta para demostrar cuanto sería su malestar en aquel tiempo. Y este malestar es peculiar de Francia. Por observaciones y cálculos análogos, Arturo Young, llega á demostrar que en Francia «los que viven del trabajo del campo, y son los más numerosos, están en 76 por 100 menos acomodados que en Inglaterra y un 76 por 100 peor alimentados, peor vestidos y peor tratados lo mismo estando sanos que enfermos.» Del mismo modo en las siete octavas partés del reino no hay arrendatarios sino colonos. El labrador es sobrado pobre para emprender su cuenta el cultivo; no hay capital agrícola (1). «El propietario que quiere hacer valer su tierra no halla para cultivarla sino infelices que no tienen más que sus brazos; se ve obligado á hacer á su costa todos los anticipos del cultivo, ganado, instrumentos y sementera, y hasta anticipar á este colono lo necesario para mantenerse hasta la primera cosecha.» «En Vatan, por ejemplo, en el Berry, casi todos los años, casi todos los colonos, toman prestado su pan á los propietarios para poder atender á la cosecha.» «Es muy raro hallar alguno que contraiga deudas con su amo por 100 libras anuales cuando menos.» Muchas veces les propone éste que se queden con toda la cosecha, á condición de que nada le pidan en todo el año: «estos miserables» han reusado; entregados á sí mismos no tendrían seguridad de vivir. En Limousin y Angoumois, es tal su pobreza «que deducción hecha de las cargas que satisfacen, no tienen más de 25 á 30 libras que poder gastar al año y por persona, no digo ya en dinero, sino contando todo lo que consumen en especie de lo que cosecharon. Muchas veces tienen todavía menos, y cuando no pueden absolutamente subsistir el dueño está obligado á suplir lo que falta... El colono está siempre reducido á lo absolutamente necesario para no morir de hambre.» Por lo que

(1) Efemérides del ciudadano VI, 81 á 94 y IX, 99.

respecta al pequeño propietario, al villano que cultiva por sí mismo su propio campo, no es mucho mejor su situación. «La agricultura, como puede verse en el *Tratado de la población*, p. 83, del marqués de Mirabeau, tal como la practican los labradores, es un verdadero presidio; perecen por millares desde su infancia, y en la adolescencia tratan de colocarse en cualquiera otra parte distinta de aquella en que deberían estar.» En 1783, en toda la llanura del Toulousain no comen más que maíz, mezclada de pequeños granos y muy poco trigo; durante la mitad del año, los de la montaña se mantienen de castañas; la patata apenas se conoce y, según Arturo Young, de cada cien labradores, noventa y nueve no querían probarla. Según los relatos de los intendentes, la base de la alimentación es en Normandía la avena; en el distrito electoral de Troyes, el trigo sarraceno; en la Marche y el Limousin el trigo sarraceno con castañas y rábanos; en Auvernia, el trigo sarraceno, las castañas, la leche cuajada y un poco de cabra salada; en Beauce, una mezcla de centeno y de cebada; en Berry, una mezcla de cebada y de avena. Nada de pan de trigo; el labrador no consume más que las harinas inferiores porque no puede pagar su pan sino á dos sueldos la libra. Nada de carnes; todo lo más mata un cerdo al año. Su casa es de tapial, cubierta de rastrojo, sin ventanas, y la tierra apisonada forma el piso. Hasta cuando la tierra proporciona buenos materiales, piedra, pizarra y tejas, las ventanas no tienen cristales. En una parroquia de Normandía; como se lee en Hippeau VI, 91, en 1789, «la mayor parte están edificadas sobre cuatro estacas,» muchas veces son establos ó trojes «en los que se levanta una chimenea con cuatro varaes y barro.» Para vestido, harapos, y muchas veces, en invierno, harapos de tela. En el Quercy y otros puntos, no llevan medias, ni zapatos, ni zuecos: «Le es imposible, dice Young, á una mente inglesa imaginarse los animales que nos sirvieron en Souillac, en la posada del *Sombrero rojo*; seres llamados mujeres por cortesía de los habitantes, en realidad, montones de estiercol ambulantes. Pero en vano se buscaría en Francia una criada de posada vestida con limpieza.» Léanse algunas descripciones hechas sobre el terreno y se verá que el aspecto de la campiña en Francia, así como el de los labradores, es el mismo que en Irlanda; por lo menos en sus principales caracteres.

III

En las comarcas más fértiles, en Limagne, por

ejemplo, chozas y casas, todo anuncia «la miseria y el sufrimiento,» como dice Dulaure en su *Descripción de Auvernia*: «La mayor parte de los labradores son débiles, extenuados, de corta estatura.» Casi todos cosechan en sus heredades trigo y vino, pero se ven obligados á venderlo para pagar sus rentas y sus impuestos; sólo comen un pan negro fabricado de cebada y centeno y no tienen otra bebida que el agua con que lavan los restos del orujo. «Un inglés, dice Arturo Young, que no haya salido de su país no puede figurarse el aspecto de la mayor parte de las labradoras de Francia.» Arturo Young que habla con una de ellas en Champagne, dice «que aún de muy cerca se le habrían supuesto de sesenta á setenta años, tan encorvada, arrugada y encallecida estaba por el trabajo; díjome ella que no tenía más que veintiocho.» Esta mujer, su familia y su casa, son una muestra bastante exacta de la condición del pequeño propietario labrador. Tienen por toda hacienda un rincón de tierra, una vaca y un miserable caballito; sus siete hijos consumen toda la leche de la vaca. Deben á un señor un *franchard* (42 libras) de trigo y tres pollos, á otro tres *franchards* de avena, un pollo y un sueldo, á lo cual hay que añadir la contribución y los demás impuestos. «¡Dios sea en nuestra ayuda, decía ella, porque las contribuciones y los derechos nos aplastan!» ¿Qué será, pues, en las comarcas en que es malo el suelo? «Desde Ormes (cerca de Châtelleraut) hasta Poitiers, escribe una señora, hay mucha tierra que nada produce, y desde Poitiers hasta Montmorillon, hay nueve leguas que equivalen á diez y seis de París, y os aseguro que no ví en este trayecto cuatro hombres, y tres de Montmorillon á mi casa, entre cuyos puntos hay cuatro leguas; y todavía no los vimos sino de lejos porque en el camino no encontramos ni uno siquiera. No os sorprenderá este país. Se tiene cuidado de casarles tan pronto como á los grandes señores «por temor á la milicia sin duda.» Mas no por eso está más poblado el país, porque casi todos los niños mueren. No teniendo apenas leche las mujeres, los hijos de un año comen ese pan de que os he hablado; por eso las niñas de cuatro años tienen un vientre grueso como el de una mujer en cinta.... Los centenos se helaron este año